

oracion que le proponian : „yo no soy (esclamó muchas veces) yo no soy mas que un siervo inútil, de que ninguna necesidad tiene Dios ni su pueblo.” Habéndole sugerido otro jesuita estas palabras de la Escritura: *Santo, santo, santo es el Señor: toda la tierra está llena de su gloria*, las estuvo repitiendo mucho tiempo, y le hizo una impresion tan fuerte la idea de la grandeza, de la santidad y de la magestad suprema, que se quedó como arrobado. Perdió la voz, y solo conocieron que vivia por el movimiento de los lábios y de los ojos. Habia ya recibido los últimos sacramentos de la Iglesia, á escepcion del santo Viático, que no se habian atrevido á administrarle á causa de los frecuentes vómitos que sufría; pero habia celebrado el sacrificio de la misa en el mismo dia. Todos los actos de resignacion, de una entera sumision á las órdenes del Señor, de una firme confianza en su misericordia, del holocausto de todas las criaturas y de su propio cuerpo, los egecutó con el mayor gozo, porque nunca se habia fijado en ninguna cosa sino segun el orden de Dios. La profesion de fe fue una de las primeras cosas que hizo, esplicándose con la mayor claridad y exactitud, y poniendo por testigos á todos los que estaban presentes. En cuanto al punto capital del catolicismo, sin el que toda piedad es un vano simulacro, era tal su sensibilidad, que en cierto modo le enagenaba y hacia que pareciese de distinto carácter. Como en su enfermedad se echaba mano de mil recursos para tenerle despier-to y evitar el letargo, ocurrió á un eclesiástico el

preguntarle, si no sentia algun apego ó adhesion al calvinismo habiendo tratado tanto con los hugonotes. „Dios me libre de eso (esclamó prontamente). Seria una traicion enorme. Dios mio, bien conoceis mi corazon.”

Por último, el dia de los Santos Inocentes del año 1622, al proferir estas palabras de la letanía recomendándole el alma: *Santos Inocentes, rogad por él*, el santo obispo entregó á Dios su alma pura, no menos inocente á los cincuenta y seis años, que la de las tiernas víctimas cuya fiesta se celebraba. Es inútil espresar el sentimiento que ocasionó la noticia de esta muerte, pues es fácil conocerlo, atendiendo al carácter de un Santo á quien Dios envió al mundo para hacer amable y respetada su virtud. Pero no tardó en convertirse en admiracion y en accion de gracias por la multitud y celebridad de los milagros que se obraron en el lugar de su muerte, en su iglesia de Annecy, á donde fue trasladado su cuerpo, y en todas las partes donde se imploró su intercesion. Antes de ocupar Alejandro VII la Silla pontificia, curó de una enfermedad muy peligrosa, estando en Munster en calidad de mediador para la paz general de Europa; y quedó tan convencido de que debia el restablecimiento repentino de su salud á la intercesion del santo obispo de Ginebra, que envió á Annecy una suma considerable de dinero para contribuir á la fábrica de la iglesia en que descansaban sus reliquias; por esta razon sin aguardar á que se cumpliesen los cincuenta años que por lo comun trascurren entre la